

¿QUE QUEDA HOY DE KEYNES?

Robert Skidelsky^(*)

Señoras y Señores:

El 9 de junio de 1930 -hace ahora sesenta y cuatro años- John Maynard Keynes pronunció una conferencia en Madrid. Aunque esa fecha registraba ya la llegada de la gran depresión, Keynes eligió como título: "*Posibilidades económicas de nuestros nietos*". Keynes fue un hombre optimista y un espíritu poderoso y feliz por lo que invitó a su auditorio a poner la vista más allá de "*la enorme anomalía del desempleo en un mundo colmado de necesidades*" para fijarla en una situación en la que, resuelto el problema económico, el mundo -o, por lo menos, Europa y América- gozasen del ocio que permitiría la abundancia a las gentes que lo vivieran. Incluso ofreció un mensaje optimista sobre el paro, si bien carente de acentos keynesianos. La desocupación era síntoma de que estábamos saliendo del paro: "*El aumento de la eficiencia económica -dijo Keynes- está teniendo lugar con rapidez mayor que con la que podemos afrontar el problema de la absorción de mano de obra; la elevación del nivel de vida ha sido demasiado rápida*". Con otras palabras: el problema a largo plazo no era la insuficiencia de la demanda sino la mala distribución del ocio. Más adelante volveré a ocuparme de este argumento. Constituye un retazo ignorado del legado keynesiano. Keynes esperaba, también, que los economistas llegarían a ser "*tan útiles como los dentistas*". Algunos todavía estamos aguardando a ese día.

Como ustedes saben, la actual tasa de desempleo en España es superior al 20%, según las estimaciones disponibles. En el conjunto de la Unión Europea, la desocupación se acerca al 12%. Se espera que, más de veinte millones de personas, quedarán sin trabajo el próximo año, frente a los siete millones de 1980 y los tres millones de 1970. En la OCDE el paro ha aumentado de 10,3 millones en 1970 a 20,6 millones en 1980 y 24,4 millones en 1990. En 1994 se ha previsto que llegue a 35 millones. Tengo mis dudas sobre la exactitud de esas cifras como medida del nivel real de actividad económica. Todos sabemos que existe una economía sumergida que elude, forzosamente, las cifras oficiales. A pesar de todo, el descenso de la participación de la población activa y el aumento del paro a largo plazo sugieren que la actividad económica en la Unión Europea es significativamente más baja que hace veinte años.

La situación parece hecha a medida para ser objeto de una terapia keynesiana. Sin embargo, comprobamos como la política keynesiana no se utiliza y, aparentemente, no es utilizable. Como expresaba el "*Economist*" el 3 de julio de 1993: "*Antaño los gobiernos hubieran respondido a esas infelices perspectivas con una dosis de la buena y aneja medicina keynesiana. Sin embargo,*

^(*) Conferencia pronunciada en Oviedo y Madrid los días 2 y 3 de febrero de 1994 para la British Council/Fundación Natwest, a quien *Cuadernos de Información Económica* agradece su autorización para publicarla.

Lord Skidelsky es Catedrático de Economía Política de la Universidad de Warwick. El segundo volumen de su biografía de Keynes: "*John Maynard Keynes: The Economist as Saviour 1920-1937*", fue publicado por McMillan en noviembre de 1992.

hoy los gobiernos parecen estar paralizados. Se les ha dicho que la política monetaria debe estar a cargo de un banco central independiente con el objetivo primordial de lograr la estabilidad de los precios. Sin embargo, todavía queda la política fiscal. Ahora bien, en estas circunstancias, los gobiernos de América y Europa oyen el consejo de que, para lograr una recuperación económica duradera, son esenciales unos déficit presupuestarios más pequeños, no más grandes. Seguramente todo eso resulta suficiente para hacer que Keynes se agite en su tumba".

La política actual está dominada por la creencia de que la política keynesiana es ineficaz o perversa. Friedman adujo que las intervenciones fiscales y monetarias no tienen, a la larga, consecuencias reales. Se afirma que, si el gobierno amplía la oferta monetaria, el único resultado es una subida de los precios; si el gobierno gasta por encima de una oferta monetaria dada, el sector privado se verá expulsado en esa misma medida. Esto es, simplemente, un replanteamiento del tradicional "*Punto de vista de la Tesorería*" contra el que Keynes se rebeló en 1929. Todo lo cual nos obliga a preguntar: ¿no ha sido la revolución keynesiana un simple desvío temporal desde la economía clásica a la nueva economía clásica?

Podemos estar de acuerdo en que gran parte del actual desempleo de Europa es estructural, no keynesiano. Un desempleo derivado del impacto del cambio técnico -lo que en ocasiones se denomina el final de los métodos fordistas de producción masiva- y de un desplazamiento de la estructura del comercio mundial en un mercado regulado y protegido de mano de obra. Algo que se ha ido preparando desde hace décadas. Admito la necesidad de reducir los "*costes sociales*" que estrangulan la creación europea de puestos de trabajo y de unas políticas proactivas en el mercado de trabajo, como se propone en el reciente Libro Blanco sobre Desempleo de Delors. De otra forma, la posición competitiva de Europa continuaría disminuyendo y una proporción creciente de su capacidad productiva se reubicaría fuera de la Unión Europea y, probablemente, se haría irresistible a una mentalidad avalando la "*fortaleza de Europa*". Keynes pudiera no haber disentido. Pocas semanas después de su visita a Madrid, escribió el 30 de agosto de 1930, en el "*New Statesman*": "*El factor dominante de todo el asunto es, sin embargo, el fracaso del sistema industrial británico en adaptarse al mundo de la posguerra... el fracaso en llevar a cabo una racionalización a rajatabla... tasas rígidas de salarios, falta de movilidad entre comercios y zonas, severas restricciones sindicales y regulaciones*". Pero, dicho esto, no cabe duda de que hoy la demanda también es demasiado escasa en Europa. Por eso, parte del desempleo actual es lo que los economistas hubiesen denominado, en tiempos, "*keynesiano*". No puedo creer que la actual tasa de paro de España sea una "*tasa de paro natural*". Así, pues, ¿por qué no vamos a poder hacer algo con el desempleo "keynesiano"? La respuesta, en pocas palabras, es que hoy el desempleo por una insuficiencia de demanda viene envuelto en una historia de inflación y déficit presupuestarios que se remonta a más de veinte años en el pasado. En parte, como resultado pero, también en parte, por otras razones, la ideología de los ochenta apuntaba hacia una reducción, no un aumento, del papel del Estado en la economía.

En la era prekeynesiana, el nivel de precios descendía en una depresión, ascendía en un auge y, por término medio, seguía igual. Por eso era fácil para Keynes ser a la vez expansionista y estabilizador de los precios; de hecho, en realidad, la estabilidad del nivel de precios exigía aumentar el gasto cuando descendían los precios. En la era keynesiana los precios siguieron subiendo durante las fases de alza y de baja, aún cuando a ritmos distintos. Gottfried Haberler ha destacado el dilema que afrontan hoy los gobiernos con una exactitud descarnada y cruel: "*Si se mantiene una política de dinero difícil para reducir la inflación se exacerba el paro. Si se sigue una política expansionista para reducir el desempleo se aumenta la inflación*" (G.Haberler, en E.H.

Solomon Ed., "*Electronic Money Flows*", p. 88). Desde finales de los setenta, la mayor parte de los gobiernos occidentales, durante la mayor parte del tiempo, se han comprometido a una reducción de la inflación. En tanto y cuanto que el paro se considere el precio por reducir la inflación más bien que el coste del "*laissez-faire*", la política keynesiana no se utilizará para reducir la desocupación. Más aún: probablemente esa política no es utilizable, ya que la distinción entre un aumento por una sola vez del nivel de precios y la inflación pierde su fuerza en una era de expectativas inflacionistas.

La segunda diferencia, entre la era de Keynes y la actual, es el telón de fondo de la hacienda pública. En los días de Keynes, los gobiernos cerraban los presupuestos con superávit presupuestarios, salvo durante los conflictos bélicos. En la depresión de los años treinta, el gobierno británico equilibró su presupuesto, considerando que la sanidad de la hacienda pública era la clave para lograr unos tipos de interés bajos. Keynes argumentó y abogó en defensa de un gasto con déficit en una etapa de profunda depresión, pero no como un modo de vida en cualquier fase de la actividad económica. En contraposición, el telón de fondo de la depresión actual ha sido el de años continuados de haciendas que no cumplen con la sanidad financiera. No sólo han estado en equilibrio pocos presupuestos en el mundo occidental desde fines de los sesenta, sino que los gobiernos han usado la inflación para reducir el valor real de los títulos de sus acreedores. El resultado inevitable ha sido un aumento del coste real de la deuda pública y la expulsión de la inversión privada. A comienzos de los ochenta, los gobiernos, en su mayor parte, se comprometieron a una reducción de déficit ante un alza cíclica del desempleo, lo que representa una clara inversión de la antigua prioridad keynesiana. Pero la recesión actual llega con unos gobiernos que continúan sobrecargados de déficit "*estructurales*", procedentes del pasado; por supuesto, el ejemplo principal de ese comportamiento es el de los Estados Unidos.

El factor final del cambio actual frente a la era keynesiana, es la oposición mundial contra el socialismo, que ha erosionado el apoyo ofrecido a los sectores "*socializados*" de las economías occidentales. En el apogeo keynesiano se consideraba axiomático que se requería la intervención del Estado para compensar el fallo del mercado. En los años setenta la ideología cambió y hoy, como resultado de la experiencia, el estado se consideraba, en general, parte del problema, más bien que su remedio. Se ha dicho que en España el sector privado es la parte de la economía que el gobierno controla y el sector público es la parte que nadie controla.

* * *

¿Cómo sucedió que la era keynesiana originó experiencias que socavaron los cimientos de la revolución keynesiana? Esta pregunta exige una respuesta teórica e histórica a la vez. Desde el primer punto de vista, la práctica ha sido defender a Keynes de los errores o interpretaciones equivocadas de los keynesianos, pero esa respuesta no es válida. En la visión del mundo de Keynes hay elementos que contribuyen a explicar los errores de la política keynesiana de la posguerra. Dicho esto, hay que añadir que la gestión pública inspirada por el keynesianismo -particularmente, a partir de los sesenta- evolucionó de un modo que era contrario a las intenciones de Keynes.

En la economía de Keynes, el nexo central es la relación entre el dinero y la situación del conocimiento. Debido a que el futuro es incierto, las personas e instituciones privadas tienen una

propensión a atesorar dinero en vez de invertirlo y esa propensión confiere a las economías de empresa libre, sin intervención pública, un sesgo permanente hacia la deflación y el desempleo. En el brillante resumen de sus ideas, del capítulo 17 de la "*Teoría General*", se afirma: "*Los hombres no pueden lograr ocupación cuando el objeto de su deseo (es decir, el dinero) es algo que no puede producirse y cuya demanda no puede sofocarse con facilidad. No queda más remedio de esa situación que persuadir al público de que el queso verde es prácticamente la misma cosa y ponerla fábrica de ese queso (es decir, un banco central) bajo la dirección del poder público*".

Para tratar esta situación inevitable, existían tres posibles paliativos. El primero era hacer que la inversión fuera "*permanente e indisoluble, como el matrimonio, salvo a causa de muerte u otra causa grave*" (*Obras Completas, VII, 160*). Eso era en una época anterior a aquella otra en la que el matrimonio empezó a asemejarse al mercado de valores. El segundo paliativo consistía en redistribuir renta a los que tenían una elevada "*propensión al consumo*". El tercero era hacer que el dinero "*se agriase*", como el queso fermentado, para que el público no deseara retenerlo. Técnicamente, este paliativo equivalía a cebar la bomba, bombear en la economía todo el dinero necesario para "*alimentar al acaparador*".

En estos tres pensamientos podemos percibir las semillas del triunfo y la tragedia de la revolución keynesiana. Tras la guerra mundial, los gobiernos se entregaron a la filosofía de Keynes de una inversión "*fiel*", nacionalizando amplios sectores de la economía. Las funciones de "*transferencia*" del Estado aumentaron considerablemente; el capitalismo se convirtió en "*capitalismo del bienestar*". Finalmente, se dejó que el dinero se "*agriase suficientemente*" para lograr un bajo tipo de interés sin desalentar el ahorro privado.

En un principio estas políticas, en combinación con otros rasgos del sistema, mejoraron la estabilidad, la ocupación y el desarrollo sin demasiada inflación. Sin embargo, ahora pensamos que la degeneración del keynesianismo estaba contenida en este enfoque. La "*fidelidad*" de la inversión, llevada a cabo por el Estado, condujo inevitablemente a que el ahorro se desviase hacia unas inversiones no rentables, porque el mercado político, a diferencia del bursátil, no permite al Estado "*licuar*" sus compromisos. En segundo lugar, la demanda de "*bienestar*" creció mucho más deprisa que la capacidad de los gobiernos para recaudar impuestos con los que financiarla. En tercer lugar, el colapso del sistema de Bretton Woods en 1971 eliminó el último obstáculo para la manufactura de dinero "*a lo queso fermentado*". Desde los años ochenta, los gobiernos han estado intentando invertir todas esas tendencias con un éxito dispar; han intentado liquidar inversiones improductivas, recortar presupuestos sociales, hacer escaso al dinero. Las banderas teórico-ideológicas bajo las que esas ideas han navegado han sido necesariamente anti-keynesianas: Friedman, Hayek y Lucas, han sido los gurus que las han agitado en los años ochenta.

Permítanme ahora volver a la historia. Si contemplamos la política keynesiana desde la guerra mundial, creo que podremos identificar tres fases en su degradación. Las denomino la del keynesianismo de la "*red de seguridad*", practicada entre 1945 y 1962, la del keynesianismo del "*desarrollo*" vigente de 1962 a 1970 y la del keynesianismo del "*contrato social*" que discurre de 1970 a 1979. Estas fases, naturalmente, se solapan; lo que es importante es el centro de gravedad de cada una de ellas.

Evidentemente, fue la primera fase la que presencié los mayores éxitos económicos de la posguerra en términos de renta mundial *per cápita*, desarrollo, productividad y control de la inflación. Fue la edad de oro del keynesianismo. La vida no fue ya tan bella en adelante.

La segunda etapa, la denominé keynesianismo de la "*red de seguridad*" porque, aun cuando el rango normal de actividades estatales se había ampliado, no se había recurrido aun a una deliberada financiación con déficit públicos para alcanzar metas de empleo. Se podría decir, incluso, que no había hecho falta. A la hora de explicar el dilatado auge, que va de 1962 a 1970, eran evidentemente importantes los factores del lado de la oferta. A todo lo largo del mundo desarrollado existían amplias oportunidades de imitar los métodos americanos de producción en masa y apretarle las clavijas a una agricultura de baja productividad. Además, la relación real de intercambio se movió a favor del mundo desarrollado, siendo particularmente importante la mejora derivada de una energía barata.

Sin embargo, estas favorables condiciones desde la vertiente de la oferta no explican la eliminación virtual del ciclo económico en esa fase. Una importancia crucial tuvieron el funcionamiento del sistema monetario y el del comercial internacional. El sistema de Bretton Woods contenía dos rasgos reconocibles del mundo pre-keynesiano: el patrón de cambios-oro (aunque con un tipo de cambio ajustable) y el impulso institucionalizado, a través del GATT, hacia la libertad de comercio, apoyado por la formación del Mercado Común en 1958.

El nexo entre oro y dólar proporcionó al mundo libre un ancla anti-inflacionista razonablemente segura, al menos hasta mediados de los sesenta. Hay que recordar que fue Keynes quien contribuyó a levantar este obstáculo decisivo contra las economías de la fábrica de queso fermentado. Sin embargo, fue la guerra fría la que hizo que el patrón de cambios-oro funcionase de forma favorable para las empresas. Como protector del mundo libre frente al comunismo, Estados Unidos inyectó dólares en la economía mundial a partir de los cuarenta.

Eso puso fin a la posición estadounidense como acreedor desequilibrado que, para Keynes, era la amenaza mayor de la prosperidad de la posguerra, manteniendo boyante a la demanda mundial, aunque complicase y agravase los problemas del dólar como moneda de reserva: la denominada "*paradoja de Triffin*". En su papel de asegurador a lo Kindleberger, América remedó las acciones de un gerente mundial keynesiano sin un deliberado propósito keynesiano, de forma muy similar a como Gran Bretaña actuara en el siglo XIX. Bajo la "*pax*" americana, el comercio y los pagos mundiales se fueron liberalizando progresivamente, permitiendo que el comercio mundial creciera más aprisa que la producción interna, repitiendo de nuevo la experiencia decimonónica.

La fase siguiente de "*keynesianismo del desarrollo*" en los años sesenta asistió, por vez primera, a la utilización deliberada de los déficit presupuestarios en la mayor parte de los países industrializados para ampliar la capacidad de sus economías. Esta fue la etapa desastrosa porque, al tiempo que las políticas de crecimiento no contribuyeron absolutamente al desarrollo, duplicaron la tasa de inflación en los países de la OCDE llevándola del 3 al 6% y destruyeron los cuidadosos equilibrios del sistema de Bretton Woods. La política americana se convirtió en el motor de la inflación mundial.

El desarrollismo tuvo diferentes raíces en distintos países. Primero se afianzó en una Gran Bretaña de lento crecimiento y en los Estados Unidos; se propagó a países de crecimiento más

rápido como Alemania y Japón que tenían una amortiguación de sus tasas de crecimiento. Pero la inspiración común fue política. Sólo una elevada tasa de desarrollo satisfaría las demandas en competencia sobre el Presupuesto sin tener que elevar los impuestos: en América las demandas fueron principalmente de armas, en Europa de mantequilla. "*El desarrollo económico marca el paso al que el partido laborista puede edificar la sociedad libre y justa que deseamos contemplar...*". Este párrafo del manifiesto laborista británico de 1964 manifiesta la auténtica causa de la política de los sesenta.

La proposición básica "*keynesiana*" que subraya las políticas de desarrollo adoptadas fue que la tasa de crecimiento de la producción depende, crucialmente, del índice de crecimiento de la demanda, el parámetro que los gobiernos podrían controlar directamente. Eso iba más allá de cuanto había dicho Keynes. Su propia técnica estaba diseñada para asegurar una demanda suficiente con el fin de mantener el pleno empleo conforme a la capacidad existente. Keynes hubiera dicho -en realidad lo dijo (*Obras Completas*, VII, 378-9)- que, con una situación de pleno empleo, la teoría clásica es válida por derecho propio, i.e., que la tasa de crecimiento en esa situación depende de las mejoras de productividad de los factores. Una de las discusiones teóricas del desarrollismo, a la usanza de los sesenta, fue invertir la causación clásica. Los keynesianos del desarrollo mantuvieron que el crecimiento de la productividad es consecuencia automática del crecimiento de la producción, más bien que al revés. El modelo de Kaldor, por ejemplo, intentó dar un rodeo a la restricción de oferta con pleno empleo a base de desplazar a la mano de obra desde el sector de los servicios a la industria. El otro espejismo fue la fe en las predicciones informatizadas. En los años sesenta el modelo de la Tesorería Británica de la economía "*contenía seiscientas ecuaciones y exigía doscientas hipótesis exógenas y ni una sola persona podría comprender como iba a funcionar*" (Brittan, "*Economic Consequences of Democracy*", 5).

La "*carrera del desarrollo*" fue inaugurada, en Gran Bretaña, por los déficit de los presupuestos de Maudling de 1962-3 y en Estados Unidos por las podas tributarias de Kennedy-Johnson y los aumentos de gastos de 1964-5. Cuando, a finales de los años sesenta, se suspendió esta política, tanto Gran Bretaña como Estados Unidos se encontraban en "*recesiones inflacionistas*", la esterlina se había devaluado y el sistema de Bretton Woods estaba herido de muerte al afrontar otros países la disyuntiva de importar inflación o permitir que sus monedas flotasen libremente desligadas del dólar.

Los economistas keynesianos culparon a los políticos de los errores de esta etapa. La libra debería haberse devaluado antes; Johnson debería haber elevado los impuestos para sufragar los gastos de la guerra de Vietnam y así sucesivamente. Aquí -me parece a mí- podemos contemplar una laguna importante de la revolución keynesiana: su falta de una concepción realista del proceso político. Los keynesianos estuvieron más que dispuestos a dar a los políticos discrecionalidad en la gestión de la economía porque no los contemplaban como compradores de votos en un mercado político competitivo sino como realizadores de proyectos científicos desinteresados.

Pero, aunque se hubiesen comportado como economistas, es decir, como pensaban los economistas que debían conducirse, hubieran fracasado porque, en realidad, nadie sabía como conseguir un crecimiento más rápido y los modelos de predicción, cada vez más refinados, eran inútiles para sincronizar intervenciones macroeconómicas en cuanto a dirección o cuantía. La política macroeconómica sigue adoleciendo de esas rémoras. Dos estudios recientes de

economistas del National Bureau of Economic Research que han intentado identificar las causas del desarrollo económico llegaban a la conclusión de que todo fue "*simple obra de la suerte*" ("*Business Week*", 1 de noviembre de 1993). Y los pronosticadores, tanto keynesianos como monetaristas, siguen fallando al predecir con exactitud el movimiento de las variables que les interesan.

Los efectos "*reales*" de las perturbaciones monetarias desatadas en los sesenta tuvieron alcance mundial y continúan hasta nuestros días. No sólo perturbaron la relación real de intercambio entre el mundo desarrollado y el menos desarrollado (dramatizada por la revolución de los precios del petróleo de 1973-4 y 1980-1) sino también el equilibrio social entre capital y mano de obra y los sectores público y privado en el que se había sostenido el orden de la posguerra. El sector público europeo, en especial, se consideró el "*motor del desarrollo*". En la práctica, lo que tuvo lugar fue su propio desarrollo y con él la capacidad del sector en cuestión, a través de sus sindicatos, de "*tener en jaque a la economía activa*".

La respuesta keynesiana al nuevo fenómeno de "*recesión inflacionista*" o "*estanflación*" fue el "*contrato social*". Se emplearía la financiación mediante déficit para restablecer el pleno empleo pero iría arropada por "*instrumentos adicionales*" destinados a restringir costes y salarios. Esa opinión se basaba en la teoría de "*inflación de costes*" articulada en los años sesenta. En cierto modo, esa concepción era la culminación lógica de un keynesianismo hubrístico. Los gobiernos pródigos gozaron ahora de una frugalidad coactiva impuesta a sus fuerzas laborales. A comienzos de los setenta, los países intentaron retornar al pleno empleo usando controles de precios y salarios para mantener dominada a la inflación pero, aunque el paro descendió, la inflación aumentó más aprisa, incluso antes de la revolución de los precios petrolíferos de la OPEP de 1973-4, lo que añadió otra carga adicional a la espiral inflacionista. En la práctica, el keynesianismo basado en el "*contrato social*" constituyó un modo costoso y estéril de comprar la aquiescencia sindical a una restricción de salarios. Su efecto fue elevar el "*salario de reserva*" y afianzar la cultura del subsidio, sentando las bases del desempleo estructural de los ochenta.

De lo que he dicho resultará evidente que situó al exceso de demanda en la médula de lo que salió mal, tratando como inducidos más que endógenos los fenómenos de costes (incluyendo los trastornos del precio del petróleo). Se registró cierta tendencia a un superávit de demanda incluso en la primera etapa -con éxito- del keynesianismo. Transcurrida la primera mitad de los años sesenta se fue precisando cada vez más inflación para mantener moderado al desempleo, debido en parte a que las expectativas inflacionistas se habían incorporado a la negociación salarial y, en parte, a que los subsidios y los privilegios sindicales deformaron la estructura de producción elevando "*la tasa natural de desempleo*".

Esta interpretación es congruente con la forma en la que muchos keynesianos de la posguerra teorizaron sobre la política aplicable. Sus modelos no tenían precios y, por consiguiente, carecían de restricciones de la oferta. Eso, por su parte, se puede atribuir al modelo de producción a corto plazo, contenido en la "*Teoría General*". Existía una zona gris entre la teoría de producción de Keynes y la teoría pre-keynesiana cuantitativa del dinero, cubierta por la hipótesis que el propio Keynes reconocía que era simplificada, de que "*mientras que exista desempleo el empleo cambiará en la misma proporción que la cantidad de dinero y cuando existe pleno empleo los precios cambiarán en la misma proporción que la cantidad de dinero*" ("*Obras Completas*", VII, 296). En los sesenta, esta zona gris iba a convertirse en la "*zona de seguridad*" o zona segura de la Curva de Phillips en cuyo interior se decía que los gobiernos iban a disponer de un "*menú*

de elección" entre distintos grados de inflación y desempleo. A través de esta zona, supuestamente segura, se permitía el juego de las expectativas inflacionistas, lo que hizo que la zona resultase cada vez más insegura. Eso abrió el camino a la teoría de las expectativas "*adaptativas*" y "*racionales*", con las que la teoría cuantitativa volvió a formularse con todo rigor, borrándose la teoría de producción de Keynes.

Permitáseme hacer explícito algo que ha estado implícito en lo que he venido afirmando. A lo largo de las dos fases de "*desarrollo*" y "*contrato social*" del keynesianismo, se dispuso de otro análisis de los problemas gemelos de inflación y lento crecimiento que hubiese sido coherente con una interpretación más modesta del legado de Keynes. Se trataba de mantener la presión de la demanda más mitigada, reduciendo la agenda social del Estado, desregulando a los mercados de productos y debilitando el poder de los sindicatos sobre la negociación salarial. Evidentemente, no tenemos los medios de afirmar si el propio Keynes se hubiese pronunciado por tal enfoque, pero resultaba un anatema para los economistas keynesianos y los políticos que pensaban que Keynes había prometido para ellos el definitivo almuerzo político gratis.

* * *

Así, pues, ¿qué queda de Keynes? Este siempre insistió en que los modelos económicos debían ser "*relevantes para el mundo contemporáneo*" ("*Obras Completas*", XIV, 296). Se ha dicho que, cuando algún colega le apremiaba para que cambiase de postura, replicaba: "*Cuando cambien los hechos cambiaré de idea. ¿Qué hace usted señor?*"

Una parte del legado de Keynes sigue intacta -la idea de que la demanda es importante-. La visión esclarecedora de Keynes de que un trastorno de la demanda -ya provenga del gobierno o del sector privado- puede conducir a un prolongado desempleo queda vindicada por la experiencia reciente.

Pero su explicación teórica del "*equilibrio con desempleo*" ha dejado de aceptarse. ¿Por qué razón, si las personas son optimizadoras racionales, debe persistir un elevado desempleo cuando existen oportunidades de comercio potencialmente rentables? Típicamente, los economistas no keynesianos retornan a las explicaciones pre-keynesianas basadas en las interferencias sindicales o legislativas del ajuste del mercado de mano de obra. Si se eliminase, no existiría obstáculo alguno a un pleno empleo continuo. Si existe una demanda insuficiente de contables, un contable siempre puede encontrar colocación como taxista.

Los "neo-keynesianos" intentan poner de manifiesto porqué no pueden funcionar de ese modo los mercados laborales, incluso partiendo de la hipótesis de una optimización racional. Teorizan la rigidez de salarios y precios con modelos que incluyen costes de información, costes de menú, fallos de coordinación, teorías del salario de eficiencia, histéresis, equilibrios de "*manchas solares*" y otras ideas de fantasía. Los post-keynesianos consideran la rigidez institucional o el comportamiento convencional una respuesta "*sensata*" a la incertidumbre o, en las versiones sraffianas y kaleckianas del post-keynesianismo, a la injusticia intrínseca del sistema capitalista. Ambas escuelas parecen estar convergiendo en su explicación de un comportamiento aparentemente irracional.

Pero, si está a la vista un consenso, éste es uno que acentúa la importancia de una política activa "*del lado de la oferta*" más bien que de expansión de la demanda a la antigua usanza. El índice de cambio técnico ha acelerado su ritmo enormemente. Hemos averiguado que los trastornos de la demanda pueden destruir la oferta. Eso nos lleva más allá de lo que había considerado Keynes. Similarmente, el énfasis en la "*inversión en capital humano*" dimana del reconocimiento de que, dado el nivel existente de capacitación profesional, el salario real que ajustado por el mercado podría tener que descender hasta un nivel miserable para muchos trabajadores.

En el terreno de la política macroeconómica es cada vez mayor el acuerdo en que las reglas fijas son preferibles a la política discrecional aplicada en los años sesenta y setenta. Eso se basa en la postura de Friedman de que las economías del "*laissez-faire*" son "*intrínsecamente más estables cíclicamente*" de lo que pensaba Keynes y que las perturbaciones del nivel de actividad son, en gran medida, resultado del intento de los gobiernos de manipular los "*parámetros*" monetarios para asegurar resultados a corto plazo políticamente favorables. Desde esta perspectiva, lo que John Hicks denominaba "*teoría especial*" de Keynes, en la que la preferencia por la liquidez gobierna al tipo de interés, es la teoría de un hundimiento profundo, sin gran aplicabilidad a condiciones normales. Hasta los keynesianos aceptan hoy la importancia de unas reglas de política creíbles y regímenes estables. Pero existe aún escaso acuerdo sobre cuáles han de ser.

Quizás el deseo más profundo sea volver a algo parecido al régimen de Bretton Woods de tipos de cambio fijos. Pero eso nos lleva derechamente al problema del huevo y la gallina. Unos tipos de cambio fijos creíbles reducirán la especulación, pero esta última hace casi imposible establecer tipos de cambio fijos que sean creíbles. La lección principal que hemos aprendido de la experiencia con el Mecanismo de Tipos de Cambios del Sistema Monetario Europeo es que el tipo de cambio no se debe utilizar para imponer una reducción de costes y precios monetarios. El instrumento se romperá antes de terminar la tarea.

Un imponderable importante es el resultado de la transición en el antiguo imperio soviético. ¿Llevará a una repetición de los años treinta? O bien, reabrirá una frontera largo tiempo cerrada al tráfico y al comercio y al restablecimiento de la confianza en la prosperidad, la paz y el progreso deshecha por la guerra de 1914-18? Muchos de los "*hechos*" que definen la era venidera, dependerán de como se lleve a cabo la transición. Cual de las posibilidades se materialice determinará, por su parte, "*cuanta dosis*" de política keynesiana se precisa en los años venideros. Pero el resultado no depende de los dioses y, seguramente, Keynes hubiera estado apremiando por una masiva inversión extranjera en los antiguos países soviéticos que, por su parte, ofrecerían un mercado en expansión a los bienes occidentales y nipones. Eso brinda la esperanza mejor de sacar al mundo de la recesión y restablecer las condiciones de un sistema basado en reglas como el que existía en el siglo XIX y los primeros veinte años que siguieron a la segunda guerra mundial. Pero el conseguir un buen ahorro occidental y japonés tendrá que ligarse a una verdadera reestructuración sin convertirse en otra restricción de suave presupuestaria del cambio.

Esto me hace retornar a las "*Posibilidades económicas para nuestros nietos*" de las que había partido. En un libro apasionado, "*Keynes, Bloomsbury and the General Theory*", el académico americano P.V. Mini escribe: "*Dado el desesperado falseamiento del mensaje de Keynes, tal vez sería preferible que abandonásemos su "Teoría General" como guía de la política y buscásemos*

inspiración en la vida de Keynes..." (p. 210). Como es lógico, como biógrafo de Keynes, acojo jubilosamente esta sugerencia. El serio aviso de Mini es que, así como Keynes, mediante la economía, deseaba llevar a la sociedad hacia lo bueno y lo bello, el keynesianismo se erigiría en estandarte del consumismo, del militarismo y del crecimiento del PNB. Al fin y al cabo, existe un tercer tipo de desempleo que contemplaba Keynes: el ocio elegido voluntariamente que hace posible una tecnología de robots. En Madrid, habló de los vastos cambios de las instituciones sociales y la psicología que se precisarían para llevar a cabo la transición desde la economía de la escasez a la de la abundancia. Y capturó, memorablemente, tanto nuestra ansia de ocio como nuestro temor del ocio en dos estrofas que le escribiera una vieja trabajadora. Veamos primero, el ansia:

"No estéis tristes jamás, no me lloréis, amigos

Que nada voy a hacer por los siglos de los siglos".

Seguidamente, el temor:

"Resonarán los cielos con músicas y salmos

Mas nada tendré yo que ver con esos cantos".

Quizás, el mayor legado que hoy pueda dejarnos Keynes sea recordarnos para qué sirve la economía. Eso puede ayudarnos a contemplar los problemas de hoy dentro de un marco temporal que se extiende más allá de la vida de los gobiernos.